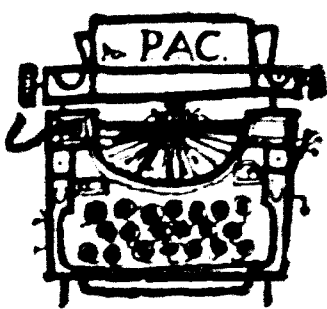


# escrito a máquina

Tipos nicaragüenses

## El Balsero de la Laguna



Al Doctor EDMUNDO MENDIETA.

Al caer la tarde cruzan la Laguna de Masaya unas extrañas embarcaciones. Más seguro, sin embargo, es adivinar sus siluetas, o verlas iluminarse misteriosamente por algún foco o alguna lámpara fugazmente encendida a eso de las nueve o diez de la noche. Son los "balseros".

Creo que muy pocas personas se han detenido a examinar esas originales y primitivas embarcaciones que delatan su antigüedad y su probable origen indígena. Construidas de tres largos troncos de madera flotante —generalmente de "palo de gato"— toscamente unidos por cuerdas, llevan encima una banqueta, o un taburete, donde se sienta el balsero con su remo. Sobre los troncos, que apenas sobresalen del agua, llevan sus atarrayas, un canasto triangular de alambre para sardinear y, debajo del asiento, un pequeño cajón para meter sus ropas y evitar que se mojen.

Una vez que bajé a la Laguna con el Doctor Mendieta nos encontramos con Arcadio Galán que pescaba cerca del "cascajal" —así le llaman a la orilla de piedra de lava— con su perro echado en la balsa y atento al trabajo. "Es mi compañero", dijo refiriéndose al perro. Después nos contó su sobrino Manuel López que un lagarto grande, el último que queda en la laguna, escapó de matarle al perro. Arcadio boga cantando...

Pero fue con Manuel López con quien estuve conversando. Yo creí que los "balseros" eran pescadores comerciantes como los de las isletas de Granada, pero López me contradijo con un largo "Nooo!". —"Lo hacemos de complemento", me dijo. Es decir, bajan a pescar para completar sus comidas familiares pues a duras penas les alcanza con sus jornales. Es muy poético verlos avanzar, sentados en sus flotantes sifiales, remando sobre los últimos reflejos de la tarde. A veces son quince o veinte, a veces la flotilla es mayor y poco a poco van dispersándose hacia diversos puntos de la orilla opuesta para trabajar hasta la medianoche, para completar su sustento o, muchas veces, para conseguir su único alimento.

Manuel López es de Monimbó. Es baio, moreno, fuerte y de inteligente conversación. Tira la atarrava, la estira y la amarra a las rocas salientes. Pocos momentos después levanta el primer guapote. "Comenzamos con suerte", dice. Y me explica: "No todos los meses son buenos. En Diciembre y Enero usamos la atarraya, aunque a veces por estos meses se levantan unos vientos tarderos que alzan olas y no podemos bogar. Después de febrero usamos el anzuelo. La pesca entonces es más raquítica". Y agrega: "La pesca buena es con lo oscuro porque el gardumen sube a flor de agua. La Luna es mala. Estorba. Entre más fría el agua se pesca mejor".

Yo le pregunto por los peces de la laguna. Es un sabio: —"Primero, me dice, la sardina —¡es la vida!—; (la comen de variadas maneras, pero lo mejor es en torta, dice); también el ñundo, que es la larva de la guabina; esa sale en Mayo. Después la mojarra. Vea éstos, me dice, y saca un precioso pescadito rojo de unas cuatro o cinco pulgadas. "Son aparentes". "Más oscuro, lampareando, hallamos también los guapotes asombrados a las piedras".

Se sienta frente a mí y agrega sonriendo: —"Agarrar unos cangrejos, una docenita de pescados, una sopa. ¡Vaya! ¡Puro fósforo!... Este lugar era muy alegre...!"

Quién sabe qué recuerdos evoca! Luego me dice: —"Ha bajado muchísimo el nivel de la laguna, tal vez tres metros, y también los peces. Vea, hace como cinco años echaron aquí un pez que nosotros llamamos trucha; se han desarrollado mucho, ahora las truchas son enormes pero son una bala, difícilísimas de pescar, muy ariscas, pero se comen a los demás. Claro, agarrar una y comérsela es un regalo —tiene su metro de largo— pero... ¡cuándo!"

Manuel López tiene tres hijos. Trabajaba en el Ferrocarril hasta que un día se enfermó —"estuve calentureando y calentureando cada vez peor"— y yo pedí que me enviaran al hospital. Me dijeron que eran mañas. "A pues no, con esta empresa no sigo, dije yo".

Y se fue. —"Me metí entonces a camionero, a cargador. Estando en ese trabajo es que conseguí traerme los palos para mi balsa. Ahora ya no se consiguen cerca. Hay que ir a jalarlos hasta por Catarina. ¿Que cuánto puede costar una balsa? —Yo le calculo unos ochenta córdobas. Antes ganaba bien cargando. Ahora ya no paga. ¿Cargar todo el día por una irrisión? ¡No! No hay conciencia!"

—Y cómo has hecho?

Se ríe. Alza los hombros. —"¡Qué no he hecho? La fuercí a la agricultura y me revolcó. Sólo con deudas quedé... Vivo en un terrerito de mi papá en Monimbó..."

—¿Así que estás parado?

—Parado no. A todo le hago. A lo que llegue. Voluntad no me falta. Aunque ya ve:

▲ ~~vaca~~ no consigo ganar pero ni un bendito

# 1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

centavo. ¡Dicha que a los tres muchachos les encanta el pescado!

Mientras habla de su vida, con precisión y dignidad, vuelve a meterse al agua. De pronto le veo levantar, rápido y triunfal la mano agarrando otro guapote pescado en la atarraya; lo acerca a la lámpara y el pescado colea desesperados reflejos.

Desamarra la atarraya, sube a la balsa y diciendo "adiós!" rema hacia otra ensenada. Su silueta se recorta oscura en la tinta azul nocturna de la Laguna —luces lejanas de Masaya en la otra orilla— y silencio como en los bordes de un astro.

—“¡Voluntad no me falta! —ha dicho Manuel López, ferrocarrilero, cargador de camiones, sembrador, balsero . . .

. . . Sobre las colinas alumbra apenas una Luna esquelética que también tiene hambre . . .

PABLO ANTONIO CUADRA